

## IX

### LA LEYENDA DE CERVANTES EN ESQUIVIAS

Aunque de las tres acepciones que á juicio del doctor Thebussem tiene la palabra *cervantista* sólo la más modesta puedo aplicarme, lo cierto es que he visitado un sitio que pocos admiradores de Cervantes visitan, siendo en realidad el único punto de la tierra donde el autor del *Quijote* conoció la calma y la ventura; ventura muy corta, según propia confesión, pero ventura al fin, íntima y completa. Hablo del humilde lugarejo de Esquivias, en que Cervantes amó, fue correspondido y se unió á la mujer que había de ser su compañera hasta que sus cuerpos descansasen, por voluntad expresa de la esposa, reunidos en un mismo sepulcro.

Renunciando á aquilatar conjeturas y á saber de fijo si por la época en que ideó la *Galatea* debe creerse que ya de tiempo atrás conocía y quería Cervantes á doña Catalina de Palacios y Salazar, lo seguro es que Cervantes dió con su cuerpo en Esquivias en un momento que señala nuevos rumbos á su azarosa existencia,

y la reparte en dos períodos tan agitados y activos como fecundos en adversidades, siendo Esquivias el oasis, el descanso al pie de la palmera y junto á la cisterna de frescas aguas, entre la doble extensión de abrasado arenal.

Cuando llega á Esquivias Cervantes á realizar el idilio de la *Galatea*, á ser algún tiempo el enamorado pastor Elicio, habían corrido ya su juventud y parte de su edad viril, gastadas en aventuras y empresas oscuras y heroicas, y en padecimientos cruelísimos, con la muerte siempre al ojo. Expatriado por un lance de honor; paje del cardenal Aquaviva; alistado en las milicias del Papa; navegando en los bajeles de Andrea Doria; atacando al turco en la isla de Chipre; "rompida por mil partes la siniestra mano" en la más alta ocasión que vieron los siglos: enfermo en el hospital de Gaeta; victorioso en Túnez con D. Alvaro de Bazán; inválido y olvidado buscándose la vida en Italia; apresada la embarcación en que regresaba á España por el renegado pirata argelino; á riesgo de perecer en el abordaje; cargado de hierros en la mazmorra; soñando en evasiones y en desesperadas tentativas de alzamiento, y milagrosamente salvado del cuchillo que desorejaba y de la aguda estaca que barrenaba las entrañas á sus compañeros de infortunio; rescatado al fin por la caridad, llega á Esquivias Cervantes quebrantado y maltrecho, como al puerto la combatida galera. Si el período anterior á Esquivias es de acción y lucha para el cuerpo, de lucha y acción para el cerebro y

para el espíritu es el que sigue y forma la segunda mitad de la biografía de Cervantes. En ella se contienen los acerbos desengaños del que vió su efímera popularidad de autor dramático eclipsada por el sol de Lope de Vega; del que, estimándose en todo su precio, juzgándose á sí propio el más sobrehumano y raro inventor, se encontró relegado y pospuesto, satirizado y desdeñado, testigo de la popularidad, de la idolatría que inspiraba Lope, y exclamando con la plácida y serena amargura de su musa:

... que en la cumbre de la varia rueda  
jamás me pude ver libre un momento,  
pues cuando subir quiero, se está queda.

Después de Esquivias, en efecto, Cervantes lucha incesantemente por la vida y por la gloria; le encontramos comisario en las flotas de Indias, alcahalero, rodando por las almadras de Zahara (Finibusterre de la picaresca), encausado en Valladolid, preso tal vez en la cárcel de Argamasilla; conocemos la historia de sus malogradas esperanzas de conseguir honrosa colocación; sabemos de cuán poco provecho le fueron sus equívocos amigos los literatos y sus tardíos Mecenas los poderosos; le vemos mascar la hiel de la detracción y de la sátira, y al fin cruzar la puente de Toledo para recogerse á morir, fatigado de la sed que causa la hidropesía, "que no la saciará toda el agua del mar Océano".

Mas en medio de los dos períodos largos y terribles, Cervantes paladeó la dulzura de esa copa de miel que consuela y hace olvidar cualquier dolor.

La misma Naturaleza parecía narrar el pastoril idilio la tarde de Mayo en que, desviándome con placer del camino de hierro, al trote de dos poderosas mulas que arrastraban el coche, me dirigí á Esquivias, aceptando la hospitalidad que en su hermoso caserón solariego me ofrecían mis próximos y queridos parientes los Sres. de Melgar. La corta primavera castellana vestía de gajo verdor la herbosa llanura, y al borde del claro arroyuelo crecían enhietas espadañas y florecillas rojas. Eran las que recorríamos las sendas descritas en la *Galatea*; y el redil donde atezado gañán se disponía á recoger los blancos corderillos, me hizo esperar que oiría el son del pulido rabel de Elicio, ó la suave zampona de su discreta zagala. Al entrar en el pueblo me sentí todavía más cerca de Cervantes que en el campo. Esquivias está, por fortuna, igual que estaría en el siglo xvii. No hace falta hervor de fantasía para reconstruir lo pasado. Sevilla, Toledo, Madrid, conmemoran otros sucesos, tienen otras efemérides, han cambiado mucho; en la Mancha, el paso de Cervantes no dejó tan claras huellas: en Esquivias se diría que va á volver á laquerencia del nido de sus amores. En la plaza, que la hacen algunos caserones y el Ayuntamiento, con sus arcadas á lo Carlos V, parece que sólo falta el aguerrido tercio entrando á tambor

batiente, bandera desplegada y mosquete al hombro.

El primero á quien interroguéis en Esquivias ó contará, como se cuenta una tradición de familia, las andanzas de Cervantes, sus contrariados amorios, sus felices nupcias. Sabréis cómo el soldado manco, el redimido de Argel, llegó un día á aquel pueblo, y sin que le adornasen las gracias de la mocedad ni los prestigios de la riqueza, con su mano rota y sus corvas espaldas, rindió el corazón de la joven y noble dama doña Catalina de Palacios, que sin duda se prendó de él como Desdémona de Oteló, al oírle narrar sus trabajos, sus viajes y sus batallas. Bien narraría Cervantes, pues bien le quiso la doncella; tan bien como la veneciana al moro. Añadirán que un D. Gabriel ó don Alonso de Quijada, tío ó primo de *Galatea*, pretendiente á su mano, y muypreciado de linaje, quiso desbaratar la unión y poner insidias á Cervantes, echándole de Esquivias; y que un buen clérigo, también pariente de doña Catalina, no paró hasta que bendijo los desposorios y ofreció en su propia casa asilo á la pareja, donde disfrutase la noche de bodas. Y os jurarán que Cervantes, por única venganza, retrató al hidalgo Quijada de Esquivias en los rasgos cómicos de *Don Quijote*, y describió á lo vivo su morada y sus costumbres, que no hiciera más un novelista contemporáneo de la escuela del *documento*.

Para corroborar la relación, os enseñarán la casa del cura, intacta, en perfecto estado de

conservación, llamada *de los duendes*, porque todavía hoy un espíritu travieso y maligno que rompe á deshora las ramas de los árboles de su jardín y azota los vidrios y las tejas, y veréis la alcoba nupcial, y el mirador donde Cervantes escribía sus entremeses, donde quizás ideó el *Quijote*... Tampoco dejaréis de visitar la morada del *ingenioso hidalgo*, ó sea el caserón de Quijada, con su característico patio, cuya herrumbrosa argolla sujetó al flaco Rocinante, y tras de cuya puerta creemos divisar el lanzón comido de orín. Bajaréis á las frías cuevas en que se guardan los afamados vinos de Esquivias, y hallaréis las tobosescas tinajas. Para completar la impresión cervantesca, os servirán á la cena salpicón y palominos, y oiréis al día siguiente misa en el altar que escuchó los juramentos de eterna fidelidad de Elicio y su pastora.

Ya sé qué parte de la encantadora leyenda carece de pruebas documentales, y no sería fácil demostrar que el ridículo hidalgo de Esquivias y D. Quijote son una misma persona, transformada y agigantada por la inspiración. Esta carencia de unos cuantos papelotes apolillados no me aguló el placer de la visita á Esquivias. Si engañan las consejas y las tradiciones, también engañan los documentos, también inducen á confusión, también mienten deliberadamente en ocasiones, también se suelen interpretar de un modo fantástico. Hice, pues, excelentes migas con el entusiasta cervantista D. Víctor García, justamente porque él creía á pies junti-

llas en la tradición, y la apoyaba con un sinnúmero de curiosos detalles y observaciones sagaces y pacientes, fruto de sesenta y pico de años de perpetua fiebre de evocación, años en los cuales ni una pedrezuela de las calles de Esquivias dejó de examinar el buen anciano, por si descubría huellas del paso de Cervantes.

Más conmovedor todavía que el episodio amoroso, es la tentativa que hizo Cervantes, herido ya de muerte, para buscar la salud en Esquivias, donde antaño había encontrado la ventura. Al tornar desahuciado de Esquivias á Madrid, en el camino recibió la postrer impresión halagüeña, el homenaje del obscuro estudiantillo que, con mejor acuerdo que sus contemporáneos, proclamó á Cervantes *regocijo de las musas*, dando motivo á la melancólica despedida — tan semejante á la del Otelo de Shakespeare—del escritor alegre y moribundo: "Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos..." ¿Quién sabe si era la última bocanada del aura de Abril en los prados de la *Galatea*, el último eco de la juventud en el corazón del viejo?

Cervantes murió pocos días después.

## ARAGÓN

### I

#### EN ZARAGOZA

La supremacía otorgada por el consenso general á Nuestra Señora del Pilar sobre las demás Vírgenes predilectas de la nación española, es un hecho que se presta á reflexiones, y yo hubiese podido hacerlas cuando, ya anochecido, llegué á Zaragoza. Es la tercera vez que voy á arrodillarme en el Pilar, sin más objeto que satisfacer el gusto de estar en Zaragoza unos días. La primera—¡cómo lo recuerdo! —me precipité ansiosa de contemplar las nobles tapias acribilladas por las balas francesas. A pesar de todas las lecturas, me costaba trabajo creer que los muros zaragozanos fuesen tan débiles, sólo de tierra y ladrillo. Vi que, en efecto, el regatón de mi sombrilla alcanzaba á descalabrar profundamente aquellas defensas ilusorias. La resistencia, allí, en una ciudad tendida como un tapiz sobre la fértil llanura, la hizo